

Verde

*Conversatorio entre Valentina Mejía Amézquita, Federico Ríos Escobar, Mario Hernán López Becerra y Santiago Escobar-Jaramillo**



Resumen

La conversación que se transcribe aquí sirvió de preámbulo a la exposición de fotografías del comunicador y fotógrafo documental Federico Ríos Escobar, instalada en la Universidad Nacional de Colombia Sede Manizales entre abril y julio del 2023, con el respaldo institucional de dicha universidad y de la de Caldas, titulada *Verde*, con obras de su libro, reseñado como uno de los mejores de fotografía del 2021 por el diario *El País* de España y por las revistas *Leica Fotografíe International*, *Caption*, *Blind* y *Afterimage* de la Editorial de la Universidad de California. Federico descubre una de las facetas del conflicto armado colombiano desde su experiencia artística; para lograrlo, estuvo inmerso por más de diez años en la guerrilla de las FARC para registrar la profundidad de la guerra. Las obras fueron donadas por su autor a las universidades mencionadas.

Palabras clave

FARC, Federico Ríos Escobar, guerra, *Verde*

*Realizado el 28 de abril del 2023 en la Universidad Nacional de Colombia Sede Manizales como parte del ciclo de conferencias en conmemoración de los setenta y cinco años de creación de la Sede. La profesora y Directora Nacional de Programas Curriculares de Pregrado de la Universidad Nacional de Colombia, Valentina Mejía Amézquita, actuó como moderadora. El profesor Mario Hernán López Becerra es doctor en Paz, Conflictos y Democracia por la Universidad de Granada. Santiago Escobar-Jaramillo es el editor del fotolibro *Verde* que contiene las fotografías de Federico Ríos Escobar sobre la vida cotidiana de las FARC.

Valentina Mejía Amézquita

Tal vez lo más bello de estar aquí hoy con Federico es que tengamos la posibilidad de recibir un regalo de este nivel testimonial para un país que ha agredido tanto a la vida y que necesita reconciliarse con ella. Es un privilegio para nosotros tener este espacio de conversación; queremos que sea muy dispuesto, abierto, pero, por supuesto, con el respeto a las creencias, ideologías y lugares. Entonces, muy bienvenido Federico, bienvenido profesor Mario Hernán, muy bienvenido Santiago, todos hijos de esta casa; los manizaleños siempre seguimos siendo manizaleños aunque vayamos y volvamos a cualquier parte. Así es que muchísimas gracias por estar aquí. Quiero, además, agradecer a los vicerrectores y a las otras directivas de la Universidad Nacional de Colombia y de la Universidad de Caldas que hicieron posible lo que vemos hoy, y, por su puesto, a quienes han pasado muchas horas trabajando para la instalación de la exposición: Liliana Villescás, Laura Buriticá, Sara, Juliana, Mateo, Esteban, Rodrigo y María Camila. Muchísimas gracias.

La dinámica que sugerimos, porque yo apenas voy a ser una provocadora de soslayo para abrir el diálogo de quienes están más informados y tremendamente permeados por esta historia, es tratar de poner unos asuntos sobre la mesa para conversar, sobre todo unos que nos permitan recorrer esta historia y ponernos en sintonía con la exposición que vamos a tener el privilegio de ver en la Universidad Nacional de Colombia hasta el 30 de julio de este año, con lo cual, las puertas de esta Universidad estarán abiertas para todos como debe ser.

Esperamos escuchar sentidamente eso que te ha atravesado por el cuerpo Federico, eso que nos has permitido ver a través de tus miradas y de tus fotografías. Pero, para poder conversar sobre estos asuntos, quisiéramos tratar de poner en contexto el panorama y la genealogía que ha dado cuenta de cómo ha sido ese tránsito de lo que hemos llamado, a veces de manera muy genérica, la “violencia en Colombia” o, incluso, los movimientos alzados en armas que desde mediados del siglo xx tuvieron a las guerrillas como abanderadas de unas causas.

Mario Hernán López Becerra

Cuando comenzaron los diálogos en La Habana entre el gobierno de Santos y las FARC-EP,¹ una de las primeras cosas que se hicieron fue ponerse de acuerdo en un análisis de las causas de las violencias en Colombia y sus víctimas, y convocaron doce investigadores y dos relatores para que, desde diferentes perspectivas ideológicas, hicieran un trabajo que diera cuenta de las causas del conflicto armado y las víctimas en el país. De eso hay algunas anécdotas porque los relatores no se pudieron poner de acuerdo, pero cuando uno revisa el documento, que es un texto de 907 páginas, se encuentra que hay múltiples y muy diversas, y a veces también contradictorias, interpretaciones sobre el origen y la dinámica del conflicto armado. Algunos, por ejemplo, ubican su origen en el proceso de independencia, especialmente a partir de la salida de los españoles en 1819. Otros advierten que, para poder comprender las violencias recientes, sobre todo el conflicto armado en Colombia, hay que examinar las causas y las dinámicas de lo que se llamó la Guerra de los Mil Días en los inicios del siglo xx. Otros más sostienen que esto hay que articularlo con la configuración del país a partir de los años treinta, con las dinámicas de contestación campesina y con el inicio de un período liberal. Buena parte de los analistas hicieron referencia a lo que se conoce como la violencia de medio siglo, en la cual el asesinato de Gaitán es un hito central.

Buena parte de los trabajos acerca de los orígenes del conflicto armado y sus víctimas se detienen en los años sesenta, cuando en el marco de la Guerra Fría y de una especie de esperanza revolucionaria que atravesó toda América con la Revolución cubana, se activan o se transforman diferentes dispositivos de guerra revolucionaria. Durante este período se crean las guerrillas FARC,² el ELN,³ el EPL⁴ y posteriormente el M-19.⁵

¹ Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo.

² Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

³ Ejército de Liberación Nacional.

⁴ Ejército Popular de Liberación.

⁵ Movimiento 19 de abril.

En el año 1962 se publicó un libro extraordinario que se llama *La violencia en Colombia* escrito por el maestro Fals Borda, a quien tanto debemos por sus trabajos con las comunidades y los territorios. También están Umaña Luna y el obispo Germán Guzmán. Ese ensayo, que se convirtió en un testimonio atroz de lo que había ocurrido con las violencias en Colombia de medio siglo, dio origen a una ruta de indagación en Colombia para el mundo, que se ha llamado la violentología.

En las ciencias sociales y en las ciencias humanas, los estudios sobre las violencias, especialmente del conflicto armado, han estado copadas por las indagaciones sobre las causas y los impactos de las violencias, pero se examina muy poco, casi nada, lo que ha sido la capacidad de la gente para resistir en medio de las adversidades; al respecto, debo decir que este trabajo de Federico, como se señala en el texto de la curaduría, es una manera, otra manera, de examinar esos acontecimientos buscando lo que tenemos de humanidad aun en medio de la guerra.

Federico Ríos Escobar

Ese es el origen, y yo, en todo este mamotreto de libro, solo escribí seis párrafos muy cortos y les quiero leer uno, que dice: “las condiciones que motivaron el origen de esta guerrilla no se han resuelto, muchas regiones siguen abandonadas y no hay respuesta estatal a temas básicos como salud, educación, vivienda, tierras, medioambiente y sostenibilidad”. Como lo dice el profesor Mario, citando a Fals Borda y a los violentólogos, pues a lo mejor esto lleva trescientos años o cincuenta y siete, pero son olas, y tengo que contarles que hace ocho días estaba en los Llanos del Yarí viendo a las FARC y a Iván Mordisco y a toda esta guerrilla armada de nuevo. Estoy pensando todavía cuál es la forma correcta de nombrarlos, porque ellos se denominan FARC y se denominan guerrilla, entonces ahí tengo un pequeño conflicto, si alguien tiene pistas de cómo nombrarlos, me dicen.

Lo que siento es que estamos viviendo otra nueva ola y que las intenciones de paz del gobierno actual son

muy interesantes; las intenciones de paz de todos los grupos que en este momento se están tratando de sumar a los propósitos de llegar a un acuerdo de paz son muy atractivas, pero más allá de silenciar los fusiles, para mí ese trabajo es un llamado a resolver ese origen de estas guerrillas, a transformar esas situaciones que empujan a la gente a salir de sus escenarios de la cotidianidad, a tomar las armas y a rebelarse en contra de un gobierno que de forma deliberada ha abandonado ciertas regiones y a ciertos grupos sociales.

Santiago Escobar-Jaramillo

Quiero hacer una reflexión sobre los procesos de paz, quiero anotar cómo los procesos de paz marcan hitos en la historia de nuestro país, una lectura antes y después, puede que esas promesas del después no siempre se materialicen y siempre se conforman nuevas estructuras, nuevas cabezas a esa idea, pero es precisamente allí donde la fotografía empieza a tener una razón fundamental de cómo contamos la violencia, pero también cómo contamos la paz, cómo creamos esos puentes de diálogo entre ese antes y este, ojalá, después, porque, claro, la violencia nos ha pegado a todos, nos ha golpeado a todos de una u otra manera.

Los procesos de paz también nos hacen reflexionar sobre el problema que, de alguna forma, todos somos partícipes de esa violencia, ya sea por nuestras acciones o por nuestras no acciones, nuestros silencios. Y para mí la fotografía cumple un papel fundamental en este acto, no solo de revelar esas causas, esas formas, sino de imaginar esos posibles futuros o porvenires. Desde la Comisión de la Verdad, precisamente, quisimos reflexionar desde allí, claro que tenemos que evidenciar el pasado, la tristeza, la violencia, tenemos que nombrarla, mostrarla, porque esa es la única manera de no caer en la repetición, pero no nos podemos quedar ahí. ¿Por qué? Porque somos distintas generaciones las que estamos aquí reunidas, las que han transitado viviendo este país. Tenemos que crear conversación con esas generaciones que vienen y hacer reflexiones que nos motiven a reconciliarnos.

Karim Ganem Maloof, el editor de la Comisión de la Verdad, que en paz descanse, decía que uno de los hechos que más le había llamado la atención del trabajo en la Comisión era la diferencia entre la reconciliación y el perdón; no necesariamente para reconciliarnos necesitamos el perdón, puede que yo no quiera perdonar a mi victimario, ¿por qué? porque me causó un dolor gigante, una ausencia, una pérdida, pero de pronto sí puedo hacer unas gestiones a nivel personal para reconciliarnos, para encontrarnos en nuestra diferencia y valorarnos en nuestra pluralidad.

Creo que allí la fotografía y la obra de Federico Ríos Escobar cumplen un papel fundamental para entender el proceso de paz. La historia dirá que el trabajo de Federico fue uno de los determinantes para que el proceso de paz fuera posible, ¿por qué? porque nunca conocimos a las FARC como la estamos viendo aquí, las conocimos sí, desde las tomas guerrilleras, los campos de concentración y de secuestrados, condenables, desde las pruebas de supervivencia, esas conversaciones donde leían sus cartas y manifiestos, y la fotografía, los periodistas no podían acceder al territorio, ¿quiénes convivían allí? las personas, los campesinos, los indígenas, los afros que vivían en los territorios. Entonces, el hecho de poder fotografiar desde la humanidad las relaciones, las actividades, las formas de encontrarse, creo que abrió una mirada nueva, diferente, necesaria, ¿para qué? para reconciliarse, reconciliarnos como nación, y es una promesa. Sí, ¿qué sigue? iremos viendo, pero es necesario hacer esos altos, marcar esos hitos en la historia y poner esa palabra paz que es tan bella, cortica, pero que va de la A a la Z, completa.

Valentina Mejía Amézquita

En esta conversación intencionada seguramente al final haremos la pregunta ¿hacia dónde sentimos que vamos y hacia dónde va *Verde*?, porque lo que está en el medio es la vida, la ordinaria, la prosaica, la que usualmente hemos desdeñado porque, al sernos común y cotidiana, la olvidamos, porque probablemente muchos de nosotros parecíamos negar que tenemos vida

cotidiana, entonces, tal vez lo más bello, y seguramente lo que queremos robustecer en esta conversación es ¿saber cómo llegaste Federico a la vida cotidiana de las FARC?, ¿cómo te adentraste en ella y cómo lograste revelarla? Quisiéramos escucharte desde ahí.

Federico Ríos Escobar

Me voy a adelantar a la pregunta que hiciste para el final. Yo creo que habrá otro libro, una secuela de este, y parece que se va a llamar *Verde oscuro*, porque las cosas no pintan muy bien. Como estamos, las cosas van regular tirando a mal, hay rearme de grupos en todo el país. Por ejemplo, en Caldas, en Samaná hay un frente. Y sobre cómo llegué, pues el libro lo empecé a hacer con una intención personal, quería saber quiénes eran estas personas, ese es, digamos, el cómo llegué al libro. Pero hay un antes y es cómo llegué a preguntarme por las FARC. Yo empecé a ir a los nevados, a ir a acampar y a pescar con mi papá, y en ese entonces también empecé a ver los noticieros; antes la gente veía televisión, no en *streaming*, sino que había un horario en el que pasaban los programas, ya no. A las siete de la noche era el noticiero y en la casa se ponían las noticias y allí mostraban un ataque de las FARC, un carro bomba, un secuestro, una pesca milagrosa, todo esto. Y mi papá trabajaba mucho en fincas en la ruralidad con la Universidad de Caldas, y yo me preguntaba: “¿y dónde están las FARC?”, porque eran un enemigo muy poderoso del país, eran el enemigo de todos, y decía: “esto es mucha gente, están muy armados, y ¿esa gente qué come, dónde duerme?, ¿por dónde camina, cómo van de un lado al otro?, ¿cómo hacen para que nadie los vea?”. Para mí esas eran preguntas que me rondaban. ¿Cómo las FARC, que eran lo peor, la encarnación del demonio, podían pasar por una comunidad campesina? Ellos tenían que verlos, entonces, ¿por qué si los campesinos los veían no llamaban al Ejército a decirles aquí están, cáiganles y los matan y nos libramos del problema? Esa era la pregunta que me hacía desde la inocencia. Y en una oportunidad estábamos en los Llanos pescando con mi papá y con un grupo de amigos y nos pararon el bus en el que veníamos y se montaron unos guerrilleros a pedirnos una colaboración para

la gasolina, y entonces, pues ahí cada uno se sacó un billetico, y les dio cinco, diez mil pesos, “señores, muchas gracias”, se bajaron otra vez, de pronto sí era para la gasolina; yo tendría por ahí doce años y me quedé pensando: “no nos mataron, no nos secuestraron, ¿qué pasó?, ¿estamos tan feos o qué?, ¿qué es esto? muy raro”, porque hasta ese momento tenía la idea que tienen todavía muchos colombianos y es que las FARC hacían dos cosas: matar y secuestrar, y no más, y que si uno se encontraba a las FARC o moriría en ese momento asesinado por unos sanguinarios que matan por matar o caía secuestrado, y ojo, porque no quiero decir con eso que las FARC no mataban y no secuestraban, que lo hacían efectivamente, y aprovecho para decir que este libro no es una lavada de cara de las FARC, el libro menciona de forma clara y explícita la violencia, las armas, las bombas, las atrocidades, el reclutamiento, eso es innegable. Pero entonces me pregunté: “no nos mataron, no nos secuestraron, eso es raro”, y entonces seguí preguntándome por eso, seguí preguntándome, y después en mi adolescencia, el patio de juegos mío eran los nevados, yo me iba para los nevados cada ocho días, entraba, por El Ocho y salía por Pereira, por el río Otún o por Armenia por Salento o por cualquier parte, caminaba para un lado y para el otro, nos íbamos a caminar, a escalar; a Cerro Bravo no sé cuántas veces subí, y después de haber ido muchísimas veces me di cuenta de que todo eso era territorio farquiano, ellos estaban ahí, vivían ahí, pero no los había visto, entonces empecé a darme cuenta, ya en la Universidad, que una de las estrategias de guerra de las FARC era que las comunidades eran amigos de ellos, eran sus socios, pero no era gratis, no era un ejercicio de sometimiento, sino que era una situación de comunidades abandonadas selectivamente por el Estado, que encontraban en los guerrilleros el Estado, en donde el Estado colombiano no aparecía, y eso sigue sucediendo hoy.

La noción que tengo con el verde oscuro es que, con la firma del Acuerdo de Paz, la promesa mayor del Gobierno no era cumplirle a los trece mil guerrilleros que dejaron las armas, sino que era cumplirle a todos los

colombianos con llegar a los territorios abandonados como Estado. Y hubo dos años, 2016 y 2017, en los que estos territorios quedaron sin dueño, sin patrón ni jefe, entonces después se empezaron a rearmar los grupos y ahora tenemos lo que tenemos, porque el Estado no llegó. Por eso en este momento estamos viviendo un nuevo ciclo de abandono del Estado, de personas que se encuentran en un escenario en el que no hay nadie que ejerza un control en el territorio y defienda unos mínimos de autoridad, entonces aparece otra vez una situación como esta.

La primera vez que me encontré a las FARC fue por accidente. Yo estaba en el Cauca como fotógrafo, Juan Manuel Santos ya era presidente y tenía un consejo de ministros en Toribío, que es un pueblo en las montañas del Cauca. Llegaron el presidente y los ministros, todos en helicópteros, y había aviones de escoltas sobrevolando, se metieron a un recinto y les pidieron a los indígenas que nombraran dos emisarios que podían entrar a hablar con ellos, y los indígenas, dentro de su justicia, les dijeron que no, que ellos debían hablar con todos los integrantes de la comunidad afuera, en la plaza pública. El gobierno Santos no aceptó, entonces los indígenas dijeron: “entonces se van porque este es el territorio nuestro y si ustedes vienen a hablar con nosotros, hablan con todos, no con dos comisionados que van a entrar a negociar con ustedes”. Entonces salieron los ministros, salió el presidente, todos fueron evacuados otra vez en helicópteros. Mientras eso sucedía, a diez minutos de Toribío a pie había un comandante guerrillero, varios periodistas fuimos ahí, y el comandante nos decía a las cámaras, díganle al presidente que baje a hablar con nosotros, que venga hasta aquí, que aquí estamos, o que quite la tropa y nosotros subimos y hablamos con él. Para mí eso fue una escena muy elocuente, porque hasta ese momento tenía esa idea de que la guerrilla era como unos mohanes. Finalmente, no sucedió eso, salieron los ministros, salió el presidente y la guerrilla derribó el avión de escolta militar del presidente. Ahí tengo que hacer hincapié en que nosotros vivimos en un Estado de mentiras, no es que el Estado sea de mentiras, sino

que es un Estado mentiroso; a los colombianos no nos dijeron que la guerrilla había derribado el avión Super Tucano, que es un avión de la Fuerza Aérea muy bien armado, y que cuando fue derribado murieron el piloto y el copiloto, en cambio, nos dijeron por las noticias a todos los colombianos que el avión había sufrido una falla mecánica; pues claro que sufrió una falla mecánica, si le dieron sesenta o setenta tiros, pues tiene que dejar de funcionar e irse a tierra. Luego la guerrilla se comunicó con la Cruz Roja Internacional para entregarle los cadáveres del piloto y el copiloto, entonces, algunos periodistas fuimos a la entrega de los fallecidos y cuando la Cruz Roja se devuelve, el Ejército, que había seguido a la Cruz Roja, tenía una emboscada para los guerrilleros, entonces yo tenía al Ejército buscando a la guerrilla y a la guerrilla detrás de mí. Por eso digo que fue accidental, y ahí empecé a hacer fotos, desde ahí inicié un contacto periodístico con los guerrilleros, a fotografiarlos más constantemente y de una manera progresiva; al principio tenía accesos muy limitados, muy cortos, a escenarios que ellos mismos resguardaban; no podía acceder a comandantes de mediano rango, eso se dio con el tiempo, visitando campamentos; también creo que la guerrilla se daba cuenta de que a mí me interesaba documentarlos, pero no me interesaba revelar sus posiciones ni hacer parte del juego de la guerra, a partir de ese evento, y ya diez años más tarde, terminamos en este libro y con Santiago como su padrino.

Valentina Mejía Amézquita

Como bien lo acabas de señalar, lo que uno ve en las noticias jamás va a ser la imagen real, y con eso insistiríamos en que no se trata ni de descargar la responsabilidad ni de banalizar el mal, como habría dicho Hannah Arendt, sino de comprender que en ese “mientras tanto” de pronto uno ve que la gente se enamora, le duele, se pone triste y construye esperanzas, entonces, aparece el acento en eso que es la vida cotidiana, que en esos diez años en medio de la guerra seguramente se configuró el entendimiento de la cotidianidad, a la que también hay que humanizar, como decía el profesor Mario, o a la que hay que tratar

de entender, no para justificar el conflicto, sino para entender que el otro que está allá es un humano como yo.

Federicos Ríos Escobar

Es que cuando uno está ahí, con las balas sonando por encima de la cabeza, y uno mira para el lado y hay un guerrillero o una guerrillera o un guerrillero menor de edad pegado a un fusil, disparando, uno lo ve y en la cara tiene miedo, ahí uno se da cuenta de que no es solamente una máquina de matar. Segundo, es que andando el país uno empieza a darse cuenta y a entender cómo estas regiones no tienen resueltas las cosas que cualquier Estado debería resolverle a sus poblaciones y a sus habitantes.

Entonces, yo estaba ahí, entendía estas dinámicas. La primera pregunta que me hice fue, bueno, y si voy a fotografiar a esta gente, estas personas no son héroes, no lo eran y todavía no lo son para mí. A mí me sigue confrontando mucho ver las fotos de Manuel Marulanda y de Raúl Reyes, porque para ellos esos viejos combatientes son sus héroes y para mí no, para mí no hay ningún sentido, ninguna razón para tomar las armas en nombre de la paz. Entonces no quería fotografiarlos como héroes, pero para mí sí era importante narrar esa parte del país porque había visto las tomas, los desastres, las consecuencias, las imágenes famosísimas que todos conocemos de la jaula de los secuestrados, pero ahora estaba viendo otro escenario, decía: “esto está interesante, ¿qué pasa aquí?”, y a medida que empiezo a pasar tiempo con ellos, mi inversión del tiempo se traducía en eso, veía escenas cotidianas, aquí no hay jaulas con secuestrados. También llegó un momento temprano, en el que decidí que no quería ver secuestrados ni fotografiar secuestrados, ni nada que ver con personas privadas de la libertad, porque está muy al margen de la ética fotografiar a una persona privada de la libertad, entonces, ¿qué me queda? me queda la posibilidad de contarle a mis papás y a mis amigos quiénes eran las FARC, además del monstruo, además de la violencia, además de las bombas, quiénes

eran las FARC, y empiezo a ver a esta gente, que era gente común y corriente, y a tener unas discusiones más complejas y unas peleas internas más complejas, todo este tema del reclutamiento, por ejemplo, es muy difícil, porque muchas personas decidieron a sus catorce o quince años unirse a las filas de las FARC, y a la luz de los derechos humanos eso no se puede, pero en la realidad pasa, y no se puede porque no se pueden tomar decisiones autónomas antes de los dieciocho años, por eso la mayoría de edad es a los dieciocho, entonces antes de esa edad, por más que cualquier persona insista en querer unirse a un grupo armado, se considera reclutada a la fuerza, por seducción o por cualquier fenómeno.

En las montañas del Cauca había una columna que se llamaba Jacobo Arenas, un grupo sanguinario, de ataque duro, y yo estaba ahí con ellos. Recuerdo que nos comimos una carne podrida horrible. Yo los agotaba fotográficamente, llegaba un momento en el que estaban saturados y decían: “ya no, ya el fotógrafo”, “ah, sí, ahí está ese ‘man dando lora’ con la cámara”; entonces les dije: “les voy a hacer una foto, pero quiero que ustedes aparezcan como quieran”. Yo insistía mucho en que no quería que ellos posaran, ya todos entendían un poco que no los quería mirando a la cámara ni haciendo un gesto con las manos, ni nada de eso, entonces les dije: “les voy a hacer una foto aquí a cada uno, háganse en una fila y van pasando de a uno, les voy a hacer una Polaroid y les voy a pedir que pongan su nombre de guerra y la edad que tenían cuando ingresaron a las FARC”. Saqué un *sharpie*, puse una rimax por ahí y empecé a hacerles fotos, y ellos fueron firmando esas fotos y a poner la edad que tenían cuando se habían adherido a las FARC, y ese es el testimonio de reclutamiento infantil más sólido que he visto, porque ahí hay una niña de once años, ¿qué hace una niña de once años? una niña de once años está jugando todavía, y once, doce, trece, catorce años, pero después, cuando consultaba las historias de vida, resulta que esa niña estaba empeñada en que quería ser guerrillera por diez mil motivos, y resulta que muchos comandantes se veían en aprietos porque la gente llegaba a los frentes

y les pedían, les rogaban que los ingresara, y había historias de “o me ingresa o me suicido”. Muy difícil, creo que la historia no es tan lineal, o tan blanco y negro, sino un poco más compleja.

Valentina Mejía Amézquita

Es verde, la historia es verde. Hablemos de *Verde*, quisiéramos escuchar ahora de ese padrinazgo, ya sabes que te nombraron oficialmente el padrino, Santiago. Hablemos del libro, porque seguramente vamos a hablar más adelante de la imagen o de la reflexión ética y estética de la imagen, pero dialoguemos de ustedes en su amistad, en sus cercanías y cómo llegan a la idea, o ¿por qué creen que esa historia se debería volver un libro?

Santiago Escobar-Jaramillo

Federico estaba contando que cuando estaba en el Cauca le volaban proyectiles por la cabeza y a mí me volaban fotos al Facebook, cada vez que estaban en un campamento y tenía señal me empezó a mandar esas fotos; creo que era para acompañarse un poco en su experiencia, algo así como “no lo creo”, no creo lo que me está pasando, y yo estaba en una situación similar cuando empecé a conocer todo ese material, pues tampoco lo entendía y de alguna forma fui aprendiendo a conocer otras historias del conflicto desde lo profundo de Colombia y empecé a habituarme a estas imágenes que Federico me iba compartiendo, y así, una sumatoria de visitas. Federico comienza en su libro de una forma muy bella, pero también muy triste, dice que cada foto es una ausencia, o sea, cada vez que él estaba fotografiando a las FARC estaba ausente de su esposa, sus hijos, su familia, sus amigos.

Llegó un momento en el que tenía 44 000 imágenes, yo no sabía muy bien cuántas tenía en ese momento, pero me dijo: “¿por qué no se viene para Medellín una semana y trabajamos en el libro?” Yo contesté: “pero una semana es mucho tiempo”. Pues estuve cuatro días seguidos sin parar mirando 44 000 imágenes, claro, todo se veía verde, todo verde, el camuflado era verde, la lechuga era verde, la selva era verde,

absolutamente todo era verde y me tocaba hacer esos ejercicios de mirar para fuera, de mirar para el sol, para la neblina, pero eso fue muy importante para mí como editor porque pude conocer todo el trabajo, no solo esas fotos seleccionadas que ya le estaban publicando en el *New York Times*, en Reuters, en *Der Spiegel*, en todos esos medios internacionales importantes, también en Colombia, cuando le robaban las fotos y las publicaban sin permiso, pero tuve el privilegio y la cercanía de ver la foto diecisiete y luego ver la foto veintitrés, seguramente la diecisiete y la veintitrés son fotones, son fotos que son publicables, sensibles, pero en ese transcurso, dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós, allí está la historia, los errores, las angustias, los silencios, escenas o hechos que de pronto estéticamente o fotográficamente no hablan tan fuerte pero que a nivel de vivencia y de experiencia sí; para mí fue muy importante comprender ese bagaje que Federico había recopilado, y esa fue una manera de entender el libro desde lo narrativo, entonces el planteamiento del libro es sencillo en el sentido de que se basa en un hecho cronológico: antes, cuando estábamos en la selva, en la guerra, y después, cuando estamos en la ciudad, en la paz. Es como un recorrido que empieza en una bala y luego se vuelve una paloma, o esa es la promesa, y allí fuimos construyendo el relato.

Federico Ríos Escobar

Eso fue así. Yo empecé a mandarle fotos a Santiago para compartirlas con él y también como modo de catarsis o de pellizco, porque estaba viendo estas cosas tan dramáticas y sentía que no lo habíamos visto, pensaba que esto llevaba cincuenta años y que habíamos visto solo un tipo de fotos, entonces se las mandaba a Santiago y él resonaba con las imágenes. Santiago realmente ha sido crítico y juicioso con el trabajo, y también plantea ideas siempre, me induce a que busque esto o aquello, y así, un día me dijo: “no loco, aquí hay un libro”, y ya.

Santiago Escobar-Jaramillo

Aquí hay un libro, entonces hicimos varias sesiones de edición, era muy importante ese encuentro de

conversación entre autor y editor porque él conoce la foto y las historias detrás de ellas y yo desde afuera reacciono a esas imágenes por fuera de la emoción, yo no estoy apegado a las imágenes y a las historias que tiene Federico, pero sí estoy consciente o con un criterio de ver qué cuenta la foto, y la diferencia entre una exposición o una publicación en una revista o un periódico es que aquí ya las fotos no van a hablar de forma individual, van a hablar de forma colectiva, en secuencia, en microrrelatos, en tipologías, por colores, por formas, por temas. Ahora, como un fotolibro se lee como una novela, se ve como una película, queríamos generar esa cadencia, ese ritmo, casi como esas marchas que Federico tenía que hacer de un lugar a otro; si ustedes ven el libro, va pasando, nos va dando imágenes, no hay textos, y cuando aparecen los textos surgen para descansar un poco, para mirar hacia atrás; el libro representa eso. Era importante pensarlo no solo desde lo narrativo como lo estamos hablando, sino también desde el objeto. Acá, en Manizales, hay una imprenta maravillosa que es Matiz Taller Editorial a la cual el fotolibro en Colombia le debe mucho porque ha permitido pensarlo además como objeto.

El libro tiene una camisa o una chaqueta que habla de esas ausencias a las que Federico nombra, en donde su esposa, Estefanía González, que es artista, gestora y lectora, dibujó un mapa de Colombia y Federico le mandaba su ubicación en todos los viajes, no solo como una forma de decirle acá estoy, sino también una forma de protección, de seguridad, entonces el mapa tiene unas localizaciones, y ese mapa es el que abraza el libro, es como un abrazo de su familia a Federico, pero también es un abrazo de esperanza, y esos pliegues que forman la chaqueta son el mapa, el territorio, la geografía misma, que logran nuestras montañas, nuestros ríos, nuestras cordilleras.

Federico Ríos Escobar

Cuando uno hace un fotolibro no está poniendo simplemente unas fotos en las páginas para ver, esa es la diferencia entre un libro con fotos y un fotolibro; si ustedes ven los libros de Villegas Editores son

tan bonitos, son libros para contemplar, esto es más cerquita de la poesía, con fotos, y está lleno de muchos mensajes. La chaqueta es un mensaje, es el mapa de Colombia, son los sitios que visité, pero también es una metáfora de cómo en Colombia, sobre todo en la ruralidad, el fiambre se envuelve en una hoja. Yo iba marcando en ese mapa con un punto rojo qué lugares visitaba, y no es coincidencia ni accidente que en el lomo del libro haya solo un punto rojo, Llanos del Yará, la Casa Roja, que es uno de los lugares en donde se originaron las FARC, allí se hizo su décima conferencia, donde las FARC definieron que firmarían el Acuerdo de Paz, y también es donde las FARC, al mando de Iván Mordisco, se presentaron hace ocho días como las nuevas FARC, dispuestas a firmar un nuevo acuerdo. Así, esto está lleno de pequeños mensajes.

Santiago Escobar-Jaramillo

El libro también tiene una línea de tiempo que está interrumpida o complementada, conversada con unas series de tipologías o repeticiones que Federico hizo durante su visita a estos lugares; entonces es como si Federico tuviera una chaqueta de fotoreportero y de documentalista, se cansara un poco de eso o los guerrilleros se cansaran un poco de eso y le pidieran bajarle a esa faceta, entonces por eso aparecen inventarios, hay uno de las sillas que cada guerrillero tenía y personalizaba con un nombre, como el de Winnie Pooh, el águila, el nombre de uno de sus hijos o el de uno de sus hermanos. Había una serie en la cual Federico les pidió a los guerrilleros que sacaran todo lo que tenían en el morral de campaña para hacer una suerte de inventario, y Federico me contó algo muy especial que me llamó mucho la atención, y es que lo que no le puede faltar a ninguno en sus *revolutionary backpacks* o morrales (así me lo contó) era el perfume, todos los guerrilleros tenían un perfume, tanto hombres como mujeres.

Federico Ríos Escobar

Felipe era un guerrillero con el que tenía bastante confianza; él no tenía un ojo y no tenía una pierna, por las balas, y le pregunté: “bueno, Felipe, decime, ¿por

qué todos tienen un perfume, aquí en la selva hermano, un perfume?” y él respondió: “ah, uno no sabe”, “¿uno no sabe qué?, ¿en el río Pogue?”. “¡La esperanza!”.

Santiago Escobar-Jaramillo

Otra serie, que es la que cierra la exposición, se llama “Camuflado y civil”. Imagínense que Federico nos fotografía a todos nosotros y siete años después nos vuelve a fotografiar, ya no de camuflado, sino de civil, ese es un inventario riguroso y concienzudo, todas las imágenes son iguales, y uno va viendo los cambios en las personas, no solo cómo se visten, primero camuflado y después con la camiseta del Once Caldas o del Nacional, sino también cómo cambia la expresión, inicialmente una expresión cansada, fuerte, así como enfrentando la cámara cuando salen en camuflado y luego una expresión mucho más jovial, algunos sonrientes, más gordos, muy distintas las expresiones y las formas. Lo que hacen esos intersticios o esos cambios en el libro es generar pausas y reflexiones, e implica en Federico un cambio de personaje como fotógrafo, otro tipo de relación, otra manera de compenetrarse y hablar con ellos. Cuando un fotógrafo o fotoperiodista documental debe fotografiar la realidad o los hechos tal como los está viendo, no puede decirle a un guerrillero, venga, vuelva a atacar por favor porque no alcancé esa bala, eso no se puede hacer porque se estaría incurriendo en un cambio sobre lo que entendemos por la verdad, en cambio, cuando se hace esta serie de inventarios hay un mayor control, una participación, una comunicación. Una de estas series la publicamos en el volumen testimonial *Cuando los pájaros no cantaban* de la Comisión de la Verdad, en la que nos interesaba presentar a los fotógrafos testimoniantes y a los fotógrafos con testimoniantes. Los testimoniantes, aquellos que, desde su tristeza, desde su rabia y dolor como víctimas, fotografían con una cámara, que es distinto al fotógrafo testimonial que mira los hechos y los registra y así aporta a la verdad y la memoria, y los fotógrafos con testimoniantes son aquellos que trabajan o participan con los colectivos de víctimas, asociaciones o grupos. El libro tiene esos momentos de cambio que la exposición también trae.

Mario Hernán López Becerra

Justamente terminé de leer una novela del escritor cubano Leonardo Padura, se titula *Personas decentes* y ocurre en dos tiempos de la historia cubana: en 1910 y en el 2016. Y me encontré con una palabra que no conocía, la palabra es insidio.

El exilio tiene que ver con aquellos que se van y que ven su país y sus raíces a la distancia, mientras que el insidio son aquellos que están en su territorio, que se quedan en él, pero encerrados en sí mismos. Mucho de esto tiene que ver con el confinamiento de las poblaciones, pero también ese encierro tiene que ver con las ideas afincadas, con las ideologías, con los radicalismos, que encriptan, y creo que este trabajo *Verde* lo pone en evidencia. Aquí hay personas que hemos trabajado con procesos en estos territorios, en los cuales la creación, el arte en general y la investigación-creación juegan un papel fundamental para enlazar imágenes y, sobre todo, para hacer que un país que se ha encerrado en sí mismo pueda reconocer a través de estos repertorios lo que ocurre a otros en otros lugares. Como lo decían Federico y Santiago, esto juega un papel fundamental como reconocimiento de otras imágenes, como otras versiones de la historia, como otras perspectivas de la vida en sociedad para romper con el insidio.

Valentina Mejía Amézquita

Como decían ustedes, cuando uno se enfrenta al libro se tiene que disponer, le tiene que hacer cuerpo, lo tiene que abrazar para transitarlo. Según lo que acaba de señalar Santiago, quisiera que hiciéramos una reflexión sobre esos momentos bellos, sin duda hubo muchísimos y con experiencias muy intensas, que se repiten cotidianamente. La experiencia de estar ahí en el momento en el que se estaban firmando los acuerdos fue muy importante, porque sin duda era un punto de inflexión en lo que esa historia iba a contar o está contando y, tal vez, también era el anuncio del verde oscuro, que llegará en algún momento, como decías, Federico. ¿Cómo hablar desde ese momento del Acuerdo de Paz en el cual, probablemente, nuestro país se fracturó y frente al cual nos seguimos convocando y

sorprendiendo? Háblanos un poco de esa experiencia, de estar ahí y quizá también de salir de allá.

Federico Ríos Escobar

Muchas de las cosas que vi mientras fotografiaba a los guerrilleros o muchas de las que supe, de las que me enteré, de las que aprendí, eran sumamente sorprendivas. Antes de venir al conversatorio estábamos en un almuerzo con las personas que estaban involucradas en la exposición, y ahí hablando y contando anécdotas hubo una y me la amarré y me la guarde en el bolsillo para contarla acá, y es que una vez estaba fotografiando el frente guerrillero 36, y empezando a pasar tiempo con una conversada, una tomada de tinto, una montada a caballo, una caminada, un aguacero... y en una conversada me dice un guerrillero: “oiga, ¿y usted ha montado en carro? yo si quisiera salir de aquí y conocer un carro”. Esas son pequeñas pistas que me ayudaban a entender el tamaño de la distancia, porque a ninguno de ustedes les parece sorprendente un carro, pero eso me ayudó a entender las diferencias de la sociedad en la que vivimos. Cuando se dice que los colombianos... ¿los colombianos? muy difícil, muy difícil, porque es que somos muy diversos y abarcamos un territorio muy grande. ¿Cómo hace uno para meterlos a todos en el mismo talego y firmar un mismo acuerdo para todos? Ahí es cuando las cosas se ponen complicadas y surge una pregunta que quisiera hacerle a Mario: ¿cómo resolver eso desde el gobierno?, porque si yo parto de que hay un abandono sistemático de algunas regiones con unos intereses claros, ¿cómo resolver ese abandono del Estado?

Mario Hernán López Becerra

Hay un manizaleño muy destacado por sus análisis jurídicos y por los ensayos acerca de las emociones: Mauricio García Villegas, y tiene un libro que publicó hace pocos años y se llama *El país de las emociones tristes*, un libro que ha circulado mucho. En alguna parte del ensayo dice que, a diferencia de los estados europeos, en los cuales las guerras ocurrieron de las fronteras hacia adentro (lo cual provocó que en Europa la fuerza institucional se estableciera de la periferia

hacia el centro), en el caso colombiano ha ocurrido al contrario: las instituciones más fuertes están en la zona central andina, en las ciudades.

Haciendo un paréntesis, voy a comentar un asunto que tiene que ver con las discusiones actuales, por ejemplo, sobre la reforma a la salud, porque a medida que usted se va moviendo hacia la periferia del país, las instituciones son muy pocas. La semana pasada andaba por Tumaco en medio de plantaciones de coca, en veredas donde la institución o el Estado es un maestro y una enfermera que va cada dos meses a un puesto de salud. Entonces esa dimensión de lo que podría llamarse las violencias estructurales, las desigualdades, la pobreza, la marginalidad, son un desafío sobre el cual uno espera que se formulen y se pongan en marcha políticas públicas que permitan avanzar en la equidad y en la redistribución. Lo segundo que quería decir a propósito de Alejandro Castillejo, con quien trabajaste Santiago en la Comisión de la Verdad, él ha hecho unos trabajos muy ricos sobre los procesos transicionales; quienes lo conocen saben que ha trabajado en Sudáfrica, pero también ha hecho investigaciones que ayudan a comprender lo que ha pasado en Colombia después de la firma de los acuerdos del 2016.

Federico mencionó ahora que hubo una ventana de oportunidad luego de la firma de los acuerdos de paz del 2016; se trató de un momento en el cual era posible copar con el Estado aquellos lugares que fueron dejados por los trece mil y otros más actores de la guerra, sin embargo, hoy estamos asistiendo a tres procesos transicionales que demandan acciones incluso diferenciales en términos de construcción de paz. Una cosa es ir a Putumayo, una cosa es ir al Chocó, o al Catatumbo o Arauca, donde la guerra está activa, exacerbada, como también se suele decir; otra cosa es ir, por ejemplo, a zonas donde hay un solo actor armado como es el caso de los Montes de María, con un copamiento de las instituciones, de las economías legales e ilegales, y otra cosa, probablemente, sea venir a estas zonas del Eje Cafetero donde el despliegue de la política de seguridad democrática reconfiguró en

su momento esa dimensión del conflicto armado. Las transiciones son complejas, sobre todo cuando en el caso del gobierno actual se está buscando comprender esas configuraciones regionales y actuar en función de esas dinámicas regionales, eso es una empresa titánica, es lo único que puedo decir.

Valentina Mejía Amézquita

Vamos a hablar de *Verde*, la exposición, porque uno necesita un poquito de cariñito en medio de esta conversación que nos inquieta tanto. “Padrino”, por favor hablemos de la exposición.

Santiago Escobar-Jaramillo

El planteamiento de la exposición para traer el objeto-libro al espacio expositivo parte del reconocimiento y la ubicación de las imágenes en grupos para generar secuencias y diálogos comunes, hacer unos recorridos, de tal manera que la parte exterior, la que está abierta a las inclemencias del tiempo, al cielo, al sol, a la lluvia, está más enfocada en la selva, en las montañas, en la noche, en espacios más rurales, y las fotos que están al interior se disponen con un concepto más museográfico, con otro tipo de papel y tamaño, así uno las ve desde la cercanía y con detalle, están dispuestas pensando más en esas imágenes en las que el proceso de paz empieza a ser una realidad, donde, por ejemplo, ya no son guerrilleros, sino excombatientes, están en un ETCR⁶, tienen otro tipo de prendas, aparecen otros colores, otras formas de relacionarse, y al mismo tiempo aparecen estos intersticios o una tipología que se presenta a modo de serie con formatos más pequeños, pero que hace énfasis en la repetición y en la cantidad. Para mí, como curador de la exposición, era importante pensar en la manera en la que el público se relaciona con la obra. Entonces, asumo el papel de padrino y le digo a Federico: “vamos a sacar sus fotos como usted siempre las ha visto y las ha ido presentando, y vamos a tratar de hacer un guion curatorial o una narrativa en el libro”. Era importante que pensara en eso y lo relacionara con la escala, por ejemplo. Cuando hicimos la exposición en la Universidad de Caldas, era clave pensar en el

⁶ Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación.

espacio de Rogelio Salmona, y casi que diseñamos a partir de los planos de agua, ¿por qué el agua?, pues porque está relacionada con la intemperie, los ríos, los lagos, ¿por qué el espacio museográfico?, pues porque tiene otra forma de relacionarse con las obras, propone otro tipo de respeto con la imagen. Así, uno también va cambiando la experiencia del observador, y trata de lograr que las fotos o las imágenes transmitan eso, pero, además, podemos enfatizar ese aspecto a partir de la manera como se exhiben y se agrupan. Esa es la intención que tenemos con la exposición.

Federico Ríos Escobar

Una exposición es un diálogo de imágenes con imágenes y del conjunto de imágenes con la audiencia. Entonces hay que tomar un montón de decisiones para darle al grupo de imágenes el discurso que queremos establecer, la historia que deseamos contar. Ahí, por ejemplo, entra de nuevo Santiago como curador a establecer ritmos, tamaños, proporciones, a definir qué va afuera, qué va adentro, cómo se determinan las secuencias; hay un ejercicio de filigrana para trabajar en el archivo, porque tengo la fortuna de que Santiago lo conoce muy bien, porque de verdad estuvimos, no solo en mi casa, sino en muchos lugares, viendo las fotos, trabajando sobre ellas, yendo de nuevo sobre las historias, pero Santiago tiene la posibilidad de ver las fotografías, como él dice, desapegado de la historia, de suerte que puede decidir sobre la plasticidad de la imagen que va en el cuadro y nada más.

Mario Hernán López Becerra

Además, la exposición produce una sensación de extrañamiento, es decir, detenerse ante fotografías de acontecimientos que ocurren a solo tres horas y sentir que es un mundo de distancias aparentes revela una virtud y una riqueza en la comunicación que se genera.

Santiago Escobar-Jaramillo

Donde está el cubo que tiene un díptico, que también está en el libro a modo de díptico, hay grupos de guerrilleros jugando fútbol y aparece la foto de rigor del equipo, y al lado, en un diálogo visual, hay una

fotografía de una familia campesina con el mismo número de personas. En la exposición estas obras están mirando hacia la ciudad, enfrentándola directamente, desde ese lugar a los edificios y las ventanas allí lejanas no se alcanza a ver completo, pero simbólicamente tienen ese mensaje de observarnos, de comunicarnos, de ponernos de frente.

Valentina Mejía Amézquita

Vamos a hacer dos consideraciones adicionales para que tengamos el gusto y el placer de ver la exposición mientras todavía está de día y agradeciendo que no estamos en uno de los 289 días del año donde llueve torrencialmente en Manizales. Dos cosas: primero, que se vuelve inevitable pensar en relación con esa interpelación que le produce la imagen a uno, pues lo que se está mostrando ahí es la mirada, es lo que queda en el encuadre, y lo otro queda por fuera. Segundo, quisiera preguntar por esa dimensión ética, política, estética de lo que esa imagen fotográfica tiene y contiene, porque, finalmente, la fotografía es esa posibilidad del presente contenido, la inmediatez de ese tiempo capturado.

Federico Ríos Escobar

Voy a volver al principio de la conversación, me gustan estos ejercicios de circularidad. Hay una mirada estética y me he esforzado en cuidarla, hay una selectividad del encuadre y eso es muy importante tenerlo claro, todo el bálsamo de la verdad con el que se ha bañado la fotografía es mentira, eso no existe, esa es mi percepción, mi perspectiva. Yo estoy fotografiando hacia allá a este guerrillero y estoy eligiendo dejar por fuera del cuadro al resto, eso también es importante, así que al final, en el libro están los encuadres que elegí primero por mi mirada, después por la mirada de Santiago como editor y curador, pero todo esto tiene el denominador común de la ética. En el ejercicio periodístico que está tan desprestigiado y tan llevado a menos, es muy importante no alterar la escena, es muy importante no tomar partido, y dentro de toda la construcción del libro para mí ha sido muy importante que el proceso sea claro y que mi perspectiva también

sea clara, pero con Camila tuvimos una conversación complicada, estábamos en un momento de edición, estábamos en la casa de Santiago, tenemos las fotos por ahí y Camila tenía por supuesto la perspectiva que tienen muchísimos colombianos, la mayoría, porque ganaron el 51 % del plebiscito en contra de la paz, y Camila era parte de ese 51 % y decía: “no, estos son unos monstruos, cómo van a hacer un libro con esto, son unos asesinos, violadores, secuestradores”, todo lo malo, y entonces me tuve que sentar, pasarme a la ética y pensar que el libro no está diciendo que no lo son; la primera imagen del libro es la sangre, ni siquiera vale la pena preguntarnos de quién, la sangre que se ha derramado en este país y yo insisto en que eso es un despropósito.

Mi perspectiva ética plasmada en el libro es esa, y si uno empieza a recorrer el libro desde el inicio lo que va a ver es un ejercicio de violencia y un ejercicio de esperanza. En las primeras páginas están los guerrilleros, marchan y empiezan a aparecer las víctimas, surge un soldado, se observan minas antipersonales, un soldado que perdió la mitad del cuerpo en una mina, porque no estoy tratando de lavarle la cara a nadie con el libro ni tengo el objetivo de mentir o de glorificar a alguien, sino de describir qué es lo que está pasando, qué fue lo que pasó en Colombia. Para mí es muy importante plantear el ejercicio periodístico y fotoperiodístico no desde un factor de cambio, sino como una actividad notarial, entonces también me alejo de la idea de la mirada única. En estos momentos Santiago está trabajando con otra fotógrafa, haciendo otro libro, y esta es una mujer que es fotógrafa pero además fue guerrillera, entonces es otra mirada. Yo no estoy tratando de contradecirla a ella con *Verde*, ni su libro trata de contradecir el mío, sino que estamos tratando de sumar miradas para completar un relato visual de la historia. Entonces, no espero convencer a nadie de nada con este libro, sino que tengo la ilusión de que, en veinte años, cuando alguien se pregunte ¿quiénes eran las FARC? pueda tener una ayuda con este libro para responderse.

Si uno usa este libro no como la verdad revelada, porque no lo es, sino para ver mi perspectiva y ponerla

en diálogo con la colección de libros de otros testigos, como Jesús Abad Colorado, y con el que va a publicar Alexa Rochi, que es guerrillera y fotógrafa y está editando con Santiago, y con el libro que viene, tal vez el año entrante, de Nadège Mazars, fotógrafa y socióloga francesa, y que tendrá por título *La nueva Colombia*, entonces uno con eso va construyendo una memoria visual que puede ayudarnos a responder en el futuro quiénes eran las FARC.

Mario Hernán López Becerra

¿Puedo hacer una pregunta para desquitarme de la anterior? Federico, esta no es una pregunta moral, es más de orden político. La semana pasada estuviste en el Yarí y hoy en el almuerzo hablábamos de otros lugares que has recorrido: las zonas profundas del Chocó, el Darién; pero luego llegas a Manizales, te encuentras con tu papá Jairo, con tu mamá, te bañas, te pones una ropa urbana y ¿qué te queda de lo que traes?, ¿qué trasteas de allá para acá, además de las imágenes?

Federico Ríos Escobar

Creo que hay un tema delicado en trabajar con estos grupos, porque uno sí tiene una carga emocional, hay una afectación, pero me parece que no es la carga que hay que satanizar ni mirar con miedo, es como un deportista de alto rendimiento que para competir tiene que entrenar primero y después tratarse el cuerpo, hacer estiramientos y masajes, ese es su proceso normal; pero si uno va el fin de semana a montar en bicicleta o a jugar un partido de fútbol no tiene que hacer nada de eso, no requiere fisioterapeuta. Para un periodista o para un fotógrafo que está expuesto a estos niveles de violencia tan dramáticos, pues lo mismo, hay que tratarse, no los músculos, sino la cabeza, hay que estar en un proceso constante de atención a la salud mental.

Mario Hernán López Becerra

¿Pero viste que eso no quedó en los acuerdos?

Federico Ríos Escobar

Ah no, en los acuerdos eso no quedó y no quedó para nadie. Los periodistas de este país, en general,

están todos desatendidos, la población colombiana. Mi papá muy temerario me llevaba a pescar a los Llanos, todavía va, pero en general la población colombiana está todavía muy asustada de salir, a la gente le da miedo el campo, porque son víctimas, porque sufrieron las pescas milagrosas, las bombas, las minas antipersonales, todo esto; no somos solo los periodistas, es toda la población colombiana que tiene un daño de salud mental que no se ha tratado y de la cual no se ha hablado, y en el documento final del Acuerdo entre las FARC y el Gobierno tampoco hay una parte en la que se hable de la salud mental de los combatientes de ninguno de los dos lados, ella no se atiende y es tan grave y tan delicado que eso no se resuelva como lo son las causas que dieron origen al conflicto. Imagínense ustedes qué pasa con una mujer que a los once años entró a la guerrilla, le pusieron un fusil y un uniforme, le enseñaron a seguir órdenes y después de diez, quince o veinte años en las filas de las FARC, un día llegó el comandante del frente 34 y formó a todos sus integrantes, que eran unos 150 individuos, él se paró, no al frente de la formación, sino que llegó y se paró a un lado y les dijo: “a partir de este momento ustedes ya no son más un ejército y no reciben órdenes de nadie”; se volteó y se fue, y toda la guerrillerada se quedó ahí parada esperando que alguien les dijera “rompan filas”, y esta gente no sabía qué hacer. ¿Qué pasa entonces con esa mujer guerrillera? es un asunto de salud mental porque no ha aprendido a vivir, ¿qué pasa con ese guerrillero que nunca había visto un carro, cómo cruza la calle ese tipo, cómo se le ocurre ir al colegio y a la universidad o conseguir un trabajo?, ¿de dónde se le puede ocurrir si no tiene ese referente? En ese sentido, creo que el país entero debe someterse a un proceso de cuidado y atención de la salud mental, porque no es tan fácil.

Santiago Escobar-Jaramillo

Respondiendo sobre este componente ético y político de la imagen, pues un ejemplo que nos pasó acá en la exposición fue con la foto que tenemos de Timochenko y de Santos. Según nuestras conversaciones, para Federico era muy importante que Timochenko es-

tuviera a la izquierda y Santos a la derecha, eso conceptualmente ya los pone del lado izquierdo o derecho de la política. Pero por el espacio donde estábamos montando la muestra estaba la posibilidad de poner uno encima del otro para que quedara mucho mejor distribuido el material fotográfico, pero no tenía sentido poner a uno encima del otro siendo un proceso de paz donde se hablan dos pares, entonces se decidió poner las imágenes un poquito más apeñuscadas, pero manteniendo esa concepción y ese diálogo entre las imágenes.

Mario Hernán López Becerra

Pero las sillas también son distintas.

Valentina Mejía Amézquita

Absolutamente dicientes. Agradeciendo de antemano la guía inicial que seguramente nos darán para ese recorrido cuando “rompamos filas acá”, antes de pasar a ver la exposición, quisiera hacer referencia a las posibles paces, porque seguramente no es una paz, no me malentiendan, no es la “paz total”, no es absoluta, pues todo el mundo termina sintiendo que consiguió lo que quería; seguramente las renuncias, el entendimiento de la distancia que ha habido en un conflicto que ha sido tremendamente localizado, encarnizado en la ruralidad y de pronto de menor reconocimiento en la dimensión de lo urbano, entonces ¿cómo transitamos hacia esas paces posibles con la intención de la esperanza y con las inquietudes de la desesperanza que también estamos viendo en el país?

Mario Hernán López Becerra

En el doctorado tuve como profesor a Francisco Muñoz, que en paz descanse. Fue un profesor muy determinante en nuestras comprensiones de la paz. En alguna ocasión dijo: “ustedes los colombianos saben mucho de la guerra, conocen mucho del conflicto armado”, incluso, dijo de una manera muy categórica: “ustedes se consideran el ombligo del mundo en el estudio de las violencias de ese tipo, pero no estudian la paz”. “Ustedes no saben el arsenal, la dimensión, el tamaño de las experiencias de paz que construyen

en esos mismos escenarios de la guerra”. Hay libros sobre los acuerdos de las FARC en tiempos de la guerra con comunidades indígenas, hay libros de muchos tipos de paces que se hicieron en los territorios y de los cuales habría que aprender sobre mediaciones. Creo que una pregunta como esta conduce a una respuesta que implica tener que reconocerse como constructores, postura que también podemos tener en medio de esas violencias, podemos desatar capacidades creadoras, celebrar la vida y es ahí donde tenemos un patrimonio enorme. Lo otro es que creo que en el campo de la investigación sobre la paz, en los últimos veinte años ha habido un giro muy rico, ya no solamente se asocia con el final de la guerra, con lo que emerge después de ella, por el conflicto armado en el caso colombiano, sino que también se trata de reconocer cómo en medio de ella, entre todos esos conflictos, emergen respuestas que son esperanzadoras y hacia las cuales, por ejemplo, los gobiernos y sus políticas públicas también podrían dirigirse para ampliarlas y hacerlas más grandes.

Federico Ríos Escobar

Danilo Albizu era un guerrillero de base, del frente 48 en Putumayo, y firmó el Acuerdo de Paz como lo firmaron otros trece mil guerrilleros. A Danilo le gustaba mucho la fotografía, entonces empezó a hacer cursos, a leer libros y a estudiar en internet; y como los guerrilleros de las FARC después del Acuerdo crearon el canal NC Prensa, que era una oficina de comunicaciones con base en Bogotá y hacían un noticiero que pasaban por internet, Danilo era camarógrafo del noticiero. Estaba feliz, el tipo era joven, tendría menos de treinta años, él estuvo en eso un rato largo, incluso le ofrecieron una beca para ir a estudiar cine a Cuba en San Antonio de los Baños, increíble, eso es lo que todos soñamos, y al tipo le ofrecieron la beca y un día me dejó de contestar el *whatsapp*, y luego apareció por otro lado, y me dijo: “no, yo me devolví”, y le pregunté: “¿qué pasó hermano?” entonces me dijo: “venga y conversamos”, entonces fui al río Mecaya en Putumayo y me contó que estando en Bogotá llamó a una familia de esa región que quería mucho y les contó que le habían ofrecido la beca, que

se iba ir para Cuba, que la carrera duraba seis años y que tenía todo resuelto, la comida, el hospedaje y todo eso. ¿Qué es la paz? la paz puede ser irse a estudiar cine a Cuba, ¡qué sueño! y si a uno le gusta, fantástico. Pero cuando Danilo llamó a esa familia a contarles su triunfo personal, esa familia le dijo: “hermano, aquí estamos embalados porque si el padre de familia sale a Puerto Leguízamo a comprar el mercado para el mes, aquí quedan la mujer y las niñas y las violan, y si se van todos, cuando lleguen no encuentran nada de la finca porque aquí pasa el genio de la nada y se lleva hasta los marranos y la ropa y lo que quede en la casita, entonces estamos jodidos, nos toca organizarnos entre las diferentes familias para que una familia salga al pueblo y merque para varios y vuelva con el mercado, estamos muertos del susto, abandonados y aquí, mire”, y la familia le recriminó: “ustedes nos abandonaron, entonces usted se va ir a estudiar cine a Cuba, sí, muy bacano, ustedes firmaron y nosotros aquí comiendo mierda”, y esa noche ese man empacó, botó el celular y se fue para el río Mecaya y fundó lo que se llama el frente Carolina Ramírez, y ese es uno de los frentes que empezó a crecer de estas nuevas FARC. Hace ocho días también encontré eso mismo en el Yarí bajo las órdenes de Iván Mordisco. Entonces, ¿qué es la paz? porque esos campesinos del río Mecaya ni siquiera están esperando una universidad para sus hijos, pero sí unos mínimos, y hasta que eso no empiece a suceder en el país van a haber personas que se sienten abandonadas y traicionadas porque otros firman, y van a haber personas como Danilo que se sienten responsables, salvadores y héroes de los abandonados en esos territorios. Lo cierto es que, no en este momento de tanta complejidad y cantidad de grupos que tenemos, pero remontándonos históricamente, a lo mejor el profesor Mario nos da mejores luces sobre el tema, sí hubo durante muchos años una respuesta de las guerrillas, no solo de las FARC, sino del ELN, del EPL, del M-19 en muchos territorios en los que ellos fungían las labores que el Estado no desarrollaba, de impartir justicia, de distribuir tierras, de castigar las malas acciones que estaban por fuera del manual de conducta de cada región, entonces todo eso respondía a unas dinámicas específicas.

Hoy estamos viviendo una crisis cocalera en todo el país porque nadie está comprando coca, y los campesinos que tienen no pueden venderla, la mayoría de ellos cultiva coca y tienen un laboratorio cerca para convertir la hoja en pasta base, que es lo que ellos venden, pero ahora no hay quién compre la pasta, ni en el Catatumbo, la Sierra Nevada, Putumayo o Nariño, en ningún lado, no hay quién compre la pasta y los campesinos están jodidos, están pasando hambre, uno va a las tiendas de las zonas cocaleras y ya ni siquiera hay abastecimiento. Los campesinos pagaban con plata o con gramos de pasta base; por ejemplo, una cerveza valía cuatro gramos y una libra de arroz cinco o seis, ellos iban con su pasta pagando en la tienda porque el tendero sabía que a la quincena o al mes venía el comprador y compraba la pasta.

En muchos territorios nacionales la guerrilla de las FARC tenía una regla: si un campesino quería cultivar una hectárea de coca podía cultivarla, la dimensión del territorio que el campesino quería cultivar no tenía límite, pero la regla era que por cada hectárea de coca cultivada el campesino tenía que cultivar una hectárea de comida. Las FARC salieron en el 2016 y en este momento hay crisis de coca, y como esa regla no se siguió cumpliendo los campesinos no tienen comida, y esto está sucediendo en Nariño, en el Catatumbo, en el Paramillo, en la Sierra, en Sabana, en todo el país.

Valentina Mejía Amézquita

Para finalizar, tenemos una pregunta del público:

Dentro del recorrido y las vivencias cotidianas que tuvo como fotógrafo y como ser humano, ¿qué es lo más duro y lo más bello que le ha tocado vivir y que le ha tocado las fibras, el alma?

Federico Ríos Escobar

Hay muchos momentos muy duros, la guerra es una porquería. El sufrimiento de las víctimas es muy dramático y es muy horrible ver a las personas llorar porque perdieron a sus familiares o a su ser querido y lo están buscando desde hace años; ver a las Madres de

la Candelaria, a las madres de las víctimas de los falsos positivos llorando, tratando de encontrar a sus hijos o intentando hallar una respuesta que les confirme que sus hijos están muertos. Es muy difícil ver a alguien morir y no poder hacer nada para detener esa muerte, es muy duro, eso es muy difícil, es muy horrible. Y por el otro lado, la esperanza de la vida, los reencuentros familiares, los guerrilleros que llevaban años en el monte y que no tenían comunicación con su familia y se reencontraron es muy esperanzador para mí; es como un asomo de amor detrás de un camuflado y de un fusil, no es algo que uno espere en la cotidianidad, y cuando sucede uno se llena de lágrimas, de esperanza y de romanticismo por esas escenas. Creo que este país es muy polar. Para mí, sobre todo al principio, cuando no estaba tan acostumbrado, era muy difícil estar caminando y fotografiando a un grupo guerrillero y llegar a un pueblo y ver que la gente salía feliz a recibirlos; yo siempre estaba esperando que eso fuera un teatro y que se cayera, que fallara en algún punto, y eso para mí siempre era una cachetada, ellos llegaban a un pueblo y la gente salía, los recibía, los abrazaba. Para las señoras de los pueblos era un orgullo tremendo que el comandante de un frente guerrillero decidiera comer en su casa; cuando un comandante pasaba, ellas lo agarraban, se lo peleaban y lo invitaban a sus casas como si fuera el papa o algo así. Darle cuenta de eso fue difícil, para mí era un *shock*, porque si todavía nos cuesta tanto entender eso a los colombianos...

Cuando empecé a visitar a los guerrilleros en los campamentos, cuando me tuvieron la confianza suficiente para que fuéramos de los campamentos a los pueblos, yo me acuerdo de que el primer pueblo que visitamos fue Pogue, que alias El Alemán se quería tomar comandando un gran ejército paramilitar en asocio con la cuarta brigada en el Chocó. Pogue es sobre el río del mismo nombre, que más adelante se convierte en el Bojayá y desemboca en el Atrato en Bojayá al frente de Vigía del Fuerte. Recuerdo la masacre de Bojayá, de la cual todos tenemos memoria por el cilindro bomba que estalló en la iglesia con el que la guerrilla mató a más de cien personas. Este tipo

de cosas sucede y esto no es gratis. A los colombianos nos cuentan que la guerrilla lanzó un cilindro bomba que cayó en una iglesia en donde hirieron unos civiles y murieron más de cien personas, eso es horrible, eso no tiene matices, pero lo que no nos cuentan es que eso acontece porque el 36 frente, el 34 frente y el 15 frente estaban ahí tratando de defender a la población civil de la avanzada paramilitar que iba subiendo desde Quibdó por todo el río Atrato, intentando cortar las dos orillas para hacer unos proyectos de monocultivo de palma. Entonces la primera población a la que yo llegué fue Pogue, llegamos en bote con unos guerrilleros, ellos se bajaron y la gente salió a abrazarlos, yo quedé en *shock*, y después la gente siguió con su vida cotidiana en el pueblo con un montón de guerrilleros armados hasta el pelo; a mí las armas me dan mucho miedo, porque en cualquier momento un tipo con un fusil se enloquece y me mata; y esta gente estaba ahí tranquila, jugando billar, jugando sapo, un niño jugando con un balón ahí en la calle de tierra, eso me produjo un *shock*, fue como un baldado de agua fría porque no estaba esperando eso en ningún momento, y creo que de alguna forma es similar al impacto que les causa el libro a los negacionistas de quiénes eran las FARC, es la alergia que les causa *Verde* porque entender que había poblaciones que convivían dentro de este país con esta guerrilla es muy complejo.

Muchas gracias a todos, muchas gracias a ustedes, los invitamos a hacer un recorrido por la exposición.



Lucy Orta, *Traces: Stories of Migration (Peter)*, 2022-2023. Lienzo, organza de seda, textiles diversos, lentejuelas, bordado a mano y a máquina, 90 x 90 x 4 cm. (Fuente: cortesía © Lucy + Jorge Orta, fotografía de Bertrand Huet).

Con el conocimiento de la finitud del hombre se nos da al mismo tiempo el conocimiento de su participación en lo infinito

Experimentamos constantemente lo que podemos saber, lo que debemos hacer y lo que nos cabe esperar